

N. S. de Fátima - Don Orione: una experiencia de acogida y acompañamiento

PABLO SALVATIERRA

Nuestro Centro de Educación Especial de Posada de Llanes (Asturias) está dirigido por la comunidad de religiosos de don Orione (la Congregación se llama «Pequeña Obra de la Divina Providencia»; fue fundada por el beato Luis Orione [1872-1940] y aprobada definitivamente por la Iglesia en 1954).

Fin especial de la Congregación es difundir el amor de Jesucristo y el amor a la Iglesia y al Papa, especialmente entre los pobres mediante el apostolado de la caridad entre los más necesitados.

Por esta razón, la Educación Especial es una de las preocupaciones de nuestra Institución, por la que intentamos llegar a los que todavía «cuentan poco». Una característica de nuestro centro es la del internado completo, incluidas todas las vacaciones, dada la orientación a la atención de aquellos niños con carencia total o parcial del núcleo familiar. Con este servicio estamos ofreciendo a la sociedad un modelo educativo inspirado en el Evangelio y en la doctrina de la Iglesia, con la preocupación hacia los más pobres.

Con los que están en la etapa escolar intentamos la adquisición de conductas básicas, subrayando junto con los conocimientos académicos fundamentales las habilidades sociales y de adaptación al medio donde se desenvuelven.

Con los mayores que han dejado ya la Formación Profesional trabajamos en el mantenimiento de lo adquirido y en la adquisición de hábitos de trabajo, ocupándolos en los distintos talleres y en la granja. Según venimos constatando, esto les sirve de base y entrenamiento para posibles trabajos fuera del Centro.

Todo ello intentamos inculcarlo dentro de un espíritu de familia que les haga sentirse como en su misma casa. De hecho, así presentan el centro a las visitas, como su propia casa; orgullosos de lo que ellos hacen.

Motivación religiosa

Dentro de este espíritu de familia queremos hacer viva la motivación religiosa. Impregnados de ese espíritu, se hace más fácil el respetar a las personas y a las cosas; no es sólo cuestión de altruismo, queremos hacernos eco del grito reiterativo de nuestro fundador, don Orione: «en el más infeliz de los hombres brilla la imagen de Dios». De ahí nuestra insistencia en la dignidad de todos.

Tenemos a quien seguir en esto de estar cerca de quien necesita ser curado. El centro de cultivo de este seguimiento —el inicio y fomento del mismo— lo tenemos en la Eucaristía del Domingo. Animada con cantos, favoreciendo la expresión corporal, utilizando la simbología del propio Evangelio..., captan hasta de manera «especial» lo que oyen en la Eucaristía. A este respecto es clarificadora la frecuente expresión de los educadores: «pero si eso mismo que han oído en la capilla se lo habíamos dicho cientos de veces y no habían hecho caso...».

Entendemos que la liturgia debe estar abierta a los niveles de comprensión y expresión de los discapacitados. Su capacidad

de verbalización es limitada, pero el hecho de que hablen poco, utilicen palabras sueltas, o palabras-frase, no significa que no entiendan o razonen. En su estadio pre-conceptual saben manejarse con los símbolos, la fabulación, las conclusiones simples por analogía... Captan a través de los ejemplos quién actúa bien y quién mal. ¿Qué mejor modelo a proponer para su seguimiento que el de Jesús de Nazaret?

La Eucaristía, pues, es la ocasión para fomentar este seguimiento gozoso, de quien saben que es su verdadero amigo y su modelo de comportamiento. La Eucaristía, fiesta del encuentro con Jesús, animada por los medios de expresión corporal y la música —quizás el mejor medio para hacer vibrar a estos chicos e incluso para memorizar palabras y frases importantes a través del ritmo—, la encontramos como el mejor recurso para motivar religiosamente a nuestros muchachos.

Integración sociolaboral

Otro aspecto que miramos en su acompañamiento es la posibilidad de integración sociolaboral. Actualmente esta posibilidad se ve reducida, casi exclusivamente, a los niveles altos (a los que tienen una deficiencia ligera, los límites...); de ahí que nuestro trabajo vaya encaminado a lograr un ambiente normalizado en el centro, pero con el deseo de poder romper las barreras del internado y favorecer la integración en el exterior.

Con el deseo de normalizar el medio donde viven, hemos abierto dos pisos —subvencionados por los Servicios Sociales del Principado— con el grupo de chicos que mayor autonomía había adquirido en el centro. Han tenido distintas experiencias de trabajo hasta lograr, alguno de ellos, un contrato indefinido en un Centro Especial de Empleo... El trabajo es el requisito «sine qua non» para poder hablar, de hecho, de normalización de las condiciones de convivencia, sentido del coste real de la vida y junto con ello —algo muy básico, pero que les resulta difícil asimilar— el saber posponer la satisfacción de los antojos cuando implican gastos extra...

Cuando estas condiciones de trabajo se han dado, los resultados han sido altamente satisfactorios. Los riesgos de «descontrol» han sido superados por un mayor sentido de responsabilidad y una auténtica valoración de lo que se tiene —aunque sea poco— gracias al trabajo.

Pero este es un camino apenas iniciado. La sociedad ha empezado a sensibilizarse ahora hacia los problemas de esta importante minoría. Ellos esperan una oportunidad para demostrar que no se conforman con el papel pasivo, receptivo, de conmiseración, que esta misma sociedad les había marcado hasta ahora. Son capaces de participar en el desarrollo del pueblo e incluso de aportar nuevas riquezas. No necesitan sólo pensiones; prefieren, más bien, la integración laboral.

Algo está cambiando en nuestra sociedad

Si respecto a las personas con niveles bajos de deficiencia encontramos dificultades serias para la auténtica integración, podemos concluir que las personas con déficit grandes tienen el panorama más negro todavía.

Sin embargo, algo está cambiando en nuestra sociedad. Creo que hoy la mayoría de la gente no considera —como no hace mucho tiempo— a los discapacitados como seres malogrados, sin más. Sí es verdad que la importancia de la eficacia, el poder, el prestigio, tienen una valoración preeminente; también lo es que la sobrevaloración de la independencia personal olvida la solidaridad; no es menos verdad que existen personas que, «acostumbradas» a la relación despersonalizante y masificadora, olvidan el valor de la persona en sí misma y «codifican» todo; se sienten más a gusto entre los datos estadísticos, los «casos interesantes», o los hombres que se dejan dirigir como robots que ante las personas necesitadas que requieren su ayuda, su atención, su afecto.

Todo esto hace que las personas poco eficaces, o poco productivas, que no van tras el prestigio o poder, queden en un

segundo plano. Sin embargo, estamos viendo aparecer una nueva sensibilidad hacia los problemas de las minorías, hacia los valores pluridimensionales de la persona... ¿No estará amaneciendo un mañana de mayor esperanza? Si los índices de auténtico desarrollo se elaboran contando la atención prestada a las personas con necesidades especiales, creo que podemos auspiciar este amanecer. Los que convivimos con los discapacitados ya estamos recibiendo esos tesoros que nuestra sociedad tecnificada estaba perdiendo. Esperamos que esta onda de nuevo humanismo extienda su radio.

Pero hay una razón más para la esperanza: Es verdad que los avances técnicos están mitigando las limitaciones humanas, pero hay que seguir contando con ellas. Más allá del necesario tratamiento científico y técnico, la vida del discapacitado, como la de todo hombre, cae bajo el proyecto salvador de Dios. Aquí radica nuestro máximo optimismo y confianza.